



Ponente¹

P. JESÚS MARTÍNEZ CARRACEDO

Capellán de Hospitales

Buenos días.

Estaba viendo que estamos en la mesa los tres ámbitos. El acuerdo de Iglesia-Estado dice que a aquellos españoles que no pueden ir a sus comunidades a celebrar la fe, la Iglesia, o el Estado en este caso a través de la Iglesia, debe ayudar a que puedan ejercitar ese derecho: los que están en la cárcel, los que están en un ejército o los que están enfermos en un hospital.

Es verdad que dentro de la cárcel no podemos entrar fácilmente. Bueno, si cometemos un delito sí, pero como capellanes no tan fácil. No es fácil tampoco que los laicos entren a trabajar en el servicio religioso de un ejército. Pero en los hospitales solo les doy un par de datos de curiosidad, porque creo que aquí no hemos venido solo a satisfacer la curiosidad. La curiosidad es que en España, en los 500 (más o menos) hospitales que hay, hay un grupo de más de 900 capellanes y personas idóneas, que se llaman a los que no son sacerdotes, trabajando. Cada hospital de los grandes en España hoy tiene más de 500, 600 camas, y suele estar un sacerdote de guardia. Entenderán que no se llega a todas las habitaciones, ¿verdad? Por eso hoy estamos aquí, en un Congreso Católicos y Vida Pública sobre la acción social de la Iglesia. La acción social de la Iglesia no somos solo los capellanes y los curas ¿o no? Ustedes son católicos y tienen una labor pública de la fe, de vivir la fe. Por lo tanto, no voy a satisfacer su curiosidad. Después, si quieren algún dato, sí, pero ahora voy a removerles algo del asiento.

En primer lugar, me gustaría que los católicos descubriésemos la llamada bautismal a estar al lado del que sufre. Por eso, les comunico lo que a mí me ha marcado. En mi vida en el hospital me ha marcado (y creo que es lo que debería marcar a todo católico) el modo de acercarse de Jesús a los que sufren. Y el modo principal fue una palabra que nos apuntaban ahora, que era la escucha. Dios, en el Antiguo Testamento, para los judíos y para nosotros, dice: “*Shemá Israel*”; “Escucha, Israel”. Y decía Zenón de Elea, que era

¹ Transcrito por audición.

un antiguo antes de Jesús, que el señor nos dio dos ojos, dos orejas, pero solo una boca para que veamos y escuchemos el doble de lo que hablamos. ¿Qué sucede en la realidad? Que nos pasamos el día hablando y poco escuchando. Por eso dice: “*Shemá Israel*”. Pero, si se fijan, el primer texto del Antiguo Testamento es el del Éxodo, no el libro de la Biblia. Y la primera vez que se escucha a Dios hablar, dice: “Escuchando el grito sufriente de sus hijos en Egipto, bajó a liberarlos”. “Escuchando el grito sufriente”. Dios escucha el grito sufriente y actúa. “Escuchando Jesús a los enfermos y marginados, los cura y los libera. Escuchando el miedo de los apóstoles, ¿qué hace? Viene a alentarlos. Abrid las puertas. Escuchando el arrepentimiento del hijo pródigo, lo abraza, lo besa, lo acoge, lo impulsa.

Y ¿qué hace el resucitado Jesús? En San Juan, la primera vez que aparece como resucitado, ¿a quién se le aparece? Católicos, ¿a quién se le aparece? A María Magdalena. María Magdalena está llorando y le dice: “Mujer, ¿por qué lloras?”. Normalmente, en nuestra sociedad no decimos eso. Decimos: “No llores”. Jesús, el resucitado, dice: “¿Por qué lloras?”. Jesús se preocupa por las lágrimas de María. “María, ¿por qué lloras?”.

Hoy, en nuestra sociedad, los católicos deberíamos plantearnos quién está llorando por dentro o por fuera; quién está llorando a nuestro lado; cuáles son las lágrimas de la gente. ¿Por qué lloran? Por un sufrimiento, por el paro, porque se le ha muerto un hijo, porque tienen... ¿Por qué llora la gente que está a nuestro lado? ¿Nos lo hemos preguntado? ¿Nos preguntamos cada mañana quién es el que tiene las lágrimas de los que están a nuestro lado? ¿Cuál es la causa de sus lágrimas? ¿Escuchamos el grito sufriente de la gente, los miedos, sus lágrimas o somos indiferentes? Los católicos no deberíamos serlo, porque dice incluso el papa Francisco: “Debemos recobrar la alegría de evangelizar, especialmente cuando hay que evangelizar entre lágrimas”.

Pero, sabéis, hoy se llora poco. Llorar hoy en público es pornográfico. Parece que cuando lo vemos, cuando estamos en la calle y empieza alguien a llorar... Te pueden poner en la televisión a una persona desnuda, pero si te ponen a alguien llorando, dices: “Ay, cambio de canal”. Las lágrimas, hoy, son pornográficas. Para Jesús no lo eran. “¿Por qué lloras?”.

Vivir la misericordia era la clave también de este Congreso. Saben lo que significa misericordia, ¿verdad? Miseri-cordia: las miserias; cordia, *cardo*: poner en el centro del corazón las miserias y las necesidades del otro. Si queremos vivir la misericordia, tenemos que poner en el centro del corazón de un católico y de una católica las miserias, las necesidades del otro, las lágrimas del otro. Por eso Jesús se acerca. Jesús no se aleja de las lágrimas, se acerca. Pone en el centro de su corazón las lágrimas, las necesidades, los

sufrimientos del otro. No pasa de largo, como en la parábola del buen samaritano. Él no pasa; él se para.

Nosotros tenemos que pararnos al lado del que sufre. Las preocupaciones de Jesús pasan a un segundo plano; las nuestras tienen que pasar a un segundo plano al lado del que está sufriendo. Por eso, la pregunta nuestra es: “Háblame de tus lágrimas, ¿qué te pasa? ¿Por qué sufres?”. Y así, Jesús y nosotros escuchamos las lágrimas y, en el modo de escuchar –porque suponemos que, al lado de María Magdalena, Jesús no solo le preguntaría de pie por las lágrimas. Se agacharía, le preguntaría... porque el lenguaje más importante en el sufrimiento no son las palabras, es el lenguaje no verbal, el tacto, la mirada, la acogida, el abrazo–, María descubre al Maestro. Lo llama: “*Rabboni*”, “Maestro”. Lo descubre cómo acogía sus lágrimas.

Si queremos ser con un estilo inconfundible, que nos reconozcan como seguidores de Jesús, tendrá que ser en el modo en el que acojamos las lágrimas de los demás. Y ahí no hace falta decir nada. Jesús no le dijo: “María, ¿no te das cuenta de que soy yo?”. No. María se dio cuenta en el momento en que vio cómo acogían sus lágrimas. Un cristiano tiene que empezar por eso. Decía Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*: “Haced con vuestra vida las acciones de tal forma que los demás os pregunten por qué las hacéis así”. Y entonces podréis decir: “Porque soy seguidor de Cristo”. Él hablaba de la evangelización en países de misión y en otros lugares pero, que por nuestro modo de hacer la gente descubra en nosotros el rostro de Jesús ¿qué significa? Que lo que sentimos, lo que pensemos y lo que actuemos sea siempre lo que Jesús sentiría, lo que Jesús pensaría y lo que Jesús actuaría. Así nos descubrirán en él. Y eso implica a veces escuchar las lágrimas o acoger las lágrimas, aunque sea sábado, aunque sea de noche, aunque sea un marginado o un pecador, aunque te critiquen y no te entiendan, aunque te traiga problemas, aunque tus padres, el superior o el obispo te pidan explicaciones: “¿Por qué metiste a aquella persona en tu casa?”. Aunque te quedes sin dormir por pensar en ello o por estar con ellos. Acoger las lágrimas para poder decir con el salmista: “Mis lágrimas están recogidas en tu odre, Dios mío”. Ser nosotros instrumentos del odre de Dios, porque la misericordia no es hacer algo; es ser como Dios padre.

Tenemos esa enorme potencialidad cuando él nos dice: “Porque vosotros sois la sal y la luz del mundo para iluminar y salar”. Si lo piensas y lo vives, esto a un católico nos tiene que llenar de alegría, de esperanza y de futuro, pues es a Cristo a quien los demás deben ver en mí: en mi comunidad, en mi parroquia, en mi iglesia; que las personas vean a Dios en ti, en tu rostro, en tus gestos. Por eso, no te preocupes de cuántos iluminas, sino de estar encendido en él.

Y el hospital es verdad que es un lugar hostil; nadie quiere entrar en él ¿o sí? Nadie quiere entrar en el hospital, ni siquiera a veces para acompañar. Cada día la gente está más sola, los padres alejan a los hijos, a los niños, de los enfermos; los jóvenes se comunican con sus amigos enfermos a través del móvil, de la *tablet* o del ordenador. Pero ¿sabéis? También esos jóvenes están necesitados, no de comunicación por un móvil, sino de miradas, de tacto, de contacto físico, de presencia silenciosa. Da un miedo atroz entrar en el hospital, pero no es el hospital el que produce el miedo. El hospital son cuatro paredes; la incapacidad nuestra, con nuestros miedos, es la que nos incapacita. En el hospital hay muchas enfermedades, pero hay una que es la más incapacitante de todas: el miedo. El miedo en la vida nos incapacita para todo. Por eso, como cristianos, tenemos que ser luz que ilumine donde hay oscuridad y miedo. Tenemos que remar a contracorriente, ser testigos de un mundo diferente, más humano, más profundo, más espiritual y más genuino. Y ser conciencia crítica de qué estilo de relaciones estamos fomentando. Lo indicaba al principio don José Antonio: ¿qué soledad existencial estamos provocando? Son nuestros miedos los que bloquean para actuar, y esto no es nuevo. Hace más de 2000 años, un joven llamado Jesús hablaba de tres personajes; dos, llenos de miedos. El sacerdote y el levita se preguntaban: “¿Qué me pasará a mí si le toco?” (al tirado en el camino). Pero un samaritano sin miedo preguntaba: “¿Qué le pasará a él si yo no le ayudo?”. Es muy diferente la pregunta. Por eso, nuestra pregunta debe ser: ¿quién es el que me necesita hoy? ¿A quién me tengo que aproximar (en palabras del padre)? ¿Cuál es mi hermano? El que está sufriendo.

Debemos perder nuestros miedos, romper la indiferencia, acercarnos, visitarles, ponerles rostro y nombre. Y así, relacionándonos con ellos, dejaremos de ver un problema, una enfermedad y un miedo y pasaremos a ver a una persona. Porque ya lo decía Tobías: “No apartes tu rostro ante el pobre y Dios no lo apartará de ti”. Y al lado de los sufrimientos, escuchad los gozos y las esperanzas; alentadles, fortalecedles y ayudadles a caminar cara al futuro.

Por eso, atrevete y comprométete. También cada uno de vosotros en vuestras instituciones, en vuestras parroquias, para que sean, como decía el papa Francisco en *Misericordiae Vultus*: “Oasis de misericordia, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según el Evangelio”. Si conseguimos parroquias así, la gente tendrá ganas de entrar en ellas. Si nuestras parroquias son de acogida, de escucha, de amor. Y por eso, mi experiencia me dice (y con esto termino) que el lenguaje más potente en la escucha que todo católico puede y debe hacer, se hace con tres signos muy sencillos, que son baratísimos: mirar a los ojos, escuchar y abrazar. Y

eso sirve para cualquiera de nuestras pastorales. Mirad a los ojos a la gente, escuchadles y abrazad.

P. José Antonio Sánchez-Valdemoro Romero de Salazar - ¿Puedo decir una experiencia de la cárcel?

P. Jesús Martínez Carracedo - Termino.

Como católicos, la misericordia con los enfermos, para mí, se resumiría no en lo que el Señor que no nos preguntará: “qué has dicho de mí”, sino en lo que nos preguntará: “qué le has hecho a mi hermano, cómo le has tratado, le has reflejado mi rostro para que también él me conozca y se enamore de mí y se sienta acompañado por mí”. Así es como lo vivo. Os invito a que vayáis y hagáis vosotros lo mismo.

[Aplausos]